

## La memoria está en los besos

2007-10-02 08:00:13



*La memoria está en los besos*, sentenció Antonio Mercero, y Mara Torres -presentadora de La 2 Noticias- puso cara de póker, como si temiera que la entrevista se le escapase de las manos.

Fue el pasado 19 de septiembre, cuando el director acudió a promocionar *¿Y tú quién eres?*, su última película, donde el actor **Manuel Alexandre** encarna a un paciente de Alzheimer en las primeras fases de la enfermedad.



Hace ya unos meses, en este blog se habló de la [pérdida de la identidad](#) que provoca el trastorno descubierto en 1906 por [Alois Alzheimer](#). Por eso no tengo intención de volver ahora sobre el tema, sino de reflexionar sobre algunos otros que se derivan de la conversación entre Antonio Mercero y Mara Torres, y estrechamente vinculados a las facetas virtuales de nuestra vida digital.

Cuando Mercero decía *la memoria está en los besos*, se refería de un modo poético al hecho de que la información con carga emocional establece huellas mnésicas más profundas y duraderas que los datos asépticos, como mi compañera [Pilar Gallo](#) ha señalado en entradas anteriores.



Sin embargo, el primer problema que ingenieros y usuarios encontraron al empezar a poblar este mundo digital en que ahora nos movemos como peces -binarios- en el agua, era la imposibilidad de intercambiar &quot;besos&quot;, entendidos como una metonimia de la afectividad humana... Y precisamente un 19 de septiembre de 1982, **Scott E. Fahlman** transmitió el primer [emoticono](#) en las BBS de la Facultad de Informática de la Universidad Carnegie Mellon, con la única intención de dotar de un significado

emocional a las comunicaciones escritas.

Por supuesto, los términos tecnológicos han cambiado bastante desde aquellas caritas diseñadas en código ASCII hasta las actuales prácticas de sexo virtual en **Second Life**, pero lo que parece innegable es que la vida digital necesita acompañarse de una expresión emocional, a imagen y semejanza de la que se desarrolla fuera de la web.

Tal vez por eso en su entrada ["Ya nada es eterno, espero"](#); José Sánchez indicaba que, según encuestas del Reino Unido, las relaciones virtuales ya superan a las reales, y diversas investigaciones en redes sociales digitales corroboran este dato, destacando la fuerza de los lazos afectivos que se generan en entornos digitales.



Ahora bien, si como hemos postulado en la [Tercera Ley del Yo Digital](#), nuestra identidad biológica no es algo distinto, ajeno e independiente de nuestra(s) identidad(es) virtuales, sino que todas ellas interactúan vivamente entre sí, produciendo la emergencia de un sistema cognitivo conjunto que se retroalimenta, enriquece y modifica con cada intercambio, ¿qué recuerdos dejarán en nosotros esos amig@s digitales de los que sólo conocemos su nick y su avatar? ¿Qué huella mnésica será más estable: la producida por una vibrante partida de [Última](#) contra 3.000 jugadores online, o la de un [Risk](#) compartido con tu grupo de amigos y sus respectivas cervezas?

¿Qué recuerdos preservarán durante más tiempo los enfermos de Alzheimer o Parkinson del 2050, los derivados de su vida analógica, o de sus experiencias digitales? ¿Podrán desentrañar unos de otros los psicólogos, psiquiatras, neurólogos y terapeutas ocupacionales que los asistan?

Tal vez no sea necesario hacerlo, y nuestra vida digital de hoy nos ayude a luchar mañana contra las demencias que amenazan con borrar incluso **la memoria que atesoran los besos**.